

# La lucha por la democracia en un mundo en cambio

Noam Chomski\*

## Resumen

*Con la agudeza que le caracteriza, el autor desmonta el concepto tradicional de democracia que las potencias mundiales, en especial Estados Unidos, han estado tratando de imponer en el tercer mundo. Según ese concepto, el pueblo debe quedar excluido de la dirección de los asuntos públicos, los cuales deben quedar en manos de una minoría de selectos —de Estados Unidos y sus representantes en el tercer mundo—, quienes saben lo que conviene a las mayorías populares. Asimismo, este modelo de democracia debe garantizar los intereses económicos de Estados Unidos, es decir, el derecho a explotar y saquear al tercer mundo.*

Si pretendemos abordar el tema de modo constructivo, debemos clarificar el significado de la palabra “democracia”, así como también las formas precisas en las cuales el mundo ha cambiado. Al indagar más, encontramos que los guardianes del orden mundial han intentado establecer la democracia en sólo uno de los sentidos del término, mientras obstaculizan el otro sentido. Hay razones para esperar que estos temas dominantes de la historia moderna persistirán bajo las nuevas condiciones de la época actual.

Una de las interpretaciones del término afirma que una sociedad es democrática en la medida en

que la población puede desempeñar un papel significativo en el manejo de sus propios asuntos. Pero desde la primera revolución democrática moderna, a mediados del siglo XVII, en Inglaterra, las élites, por lo general, han considerado este tipo de democracia como una amenaza que debe ser superada y no como una perspectiva que debe ser promovida. Su razonamiento es claro: no se puede confiar en el populacho, tal como fue demostrado hace 350 años, cuando no quisieron dejar sus asuntos en manos de la aristocracia y del ejército, que eran “el verdadero pueblo”, aunque el pueblo, en su necedad, no estuvo de acuerdo en ello. Las masas populares fueron descritas como “una mul-

\* Ponencia leída en la conferencia “Negociando para cambiar. La lucha por la paz con justicia”, patrocinada por el Instituto Católico de Relaciones Internacionales de Londres, en enero de 1991.

titud pícara", "bestias con cuerpo humano". Lo adecuado es suprimirlas, de la misma forma que es adecuado "salvar la vida de un loco o de una persona distraída incluso contra su voluntad". Si la gente es tan "depravada y corrupta" como para "conferir los puestos de poder y confianza a hombres malvados e indignos, pierde su poder en nombre de quienes son buenos, aunque éstos sólo son unos pocos", declamaban los comisarios de entonces. Tal vez la retórica ha cambiado, pero los conceptos prevalecen hasta el día de hoy.

Para la versión predilecta de la democracia debe impedirse la interferencia del populacho en los asuntos serios. La idea básica fue articulada lúcidamente por Walter Lippmann, el decano del periodismo norteamericano y un teórico democrático progresista muy destacado. "El público debe ser colocado en su lugar", escribió Lippmann, para que de esta manera nosotros podamos "vivir libres de ser pisoteados y del estrépito de una manada aturdida". Si la manada no puede ser sometida por la fuerza, entonces, sus pensamientos deben ser controlados eficazmente. Los estadistas reaccionarios, conocidos como "conservadores" en una de las corrupciones corrientes del discurso político, son sólo más extremistas en su desprecio hacia la multitud pícara.

Lippmann distinguió dos roles políticos dentro de una democracia moderna. El primero es el rol asignado a las "clases especializadas", "los de dentro", "los hombres responsables", quienes tienen acceso a la información y al conocimiento. Estos "hombres públicos" son los responsables de "la formación de una sólida opinión pública". "Ellos tienen la iniciativa, administran, resuelven", y deben ser protegidos de "los extraños ignorantes y entrometidos", el público incompetente, para que ellos puedan servir al llamado "interés nacional" en medio de la maraña de la mistificación tejida por las ciencias sociales académicas y por el comentario político.

El segundo rol es "la tarea del público", la cual es mucho más limitada, explica Lippmann. Al público no le compete "poner en tela de juicio," sino que sólo le corresponde poner "su fuerza a la disposición" de uno u otro grupo de "hombres responsables". El público "no razona, ni in-

vestiga, ni inventa, ni persuade, ni negocia, ni resuelve", sino que "actúa únicamente alineándose a sí mismo como partidario de alguien que está en una posición para actuar ejecutivamente", una vez que ha pensado el asunto sobria y desinteresadamente. La manada aturdida, pisoteando y rugiendo, "tiene su función": "los espectadores interesados de la acción", no los participantes. La participación es el deber del "hombre responsable".

Por supuesto, esto implica la existencia de una premisa oculta. Los "hombres públicos" ganan el acceso a la autoridad y se vuelven "expertos" en la medida en que sirven los intereses del poder privado. La verdad trivial debe ser suprimida —y si se dice, debe ser negada airadamente— o, de lo contrario, demasiada realidad será expuesta en público. Lo mejor es que las mismas clases educadas se inmunicen contra esta autocomprensión, para así cumplir mejor con su función —y conservar su trabajo.

Estas ideas, descritas por los editores de Lippmann como "una filosofía política para la democracia liberal", muestran un parecido inequívoco con el concepto leninista de un partido de vanguardia que dirige a las masas hacia una vida mejor, que ellas no son capaces de concebir o construir por sí mismas. La "clase especializada" de "hombres responsables", a la cual compete manejar los asuntos públicos, según la teoría democrática liberal, corresponde a la vanguardia de intelectuales revolucionarios. La "fabricación del consentimiento", promovida por Lippmann y por muchas otras personalidades respetadas, equivale a la agitación y propaganda de sus contrapartes leninistas. Siguiendo un guión esbozado por Bakunin hace más de un siglo, el sacerdocio secular de los dos sistemas jerárquicos y coercitivos más grandes ha considerado a las masas como estúpidas e incompetentes, una manada aturdida que debe ser llevada a un mundo mejor —en el cual, nosotros, la minoría inteligente, construiremos para ella, ya sea tomando nosotros mismos el poder del Estado, según el modelo leninista, o sirviendo como propietarios y gerentes de los sistemas capitalistas de Estado, si es que resulta imposible explotar una revolución popular para apoderarnos de las alturas. La transición de un campo al otro con fre-

## Para la versión predilecta de la democracia debe impedirse la interferencia del populacho en los asuntos serios.

cuencia ha sido rápida y fácil, lo cual es comprensible, dado que las doctrinas son similares en el fondo.

“Los hombres responsables” serán los gerentes de las instituciones empresariales, estatales e ideológicas, todas ellas estrechamente vinculadas entre sí. Debido a razones por todos bien conocidas, en una democracia capitalista de Estado, el rango de alternativas operativas está muy limitado por la concentración del poder de decisión en el nexo Estado-empresa privada; pero, por razones de eficiencia, los valores y las creencias deben estructurarse para asegurar que casi nadie se desvíe de estos límites, o incluso que ni siquiera tenga conciencia de ellos. Reinhold Niebuhr, un moralista muy respetado además de teórico político, explica que la minoría inteligente debe inventar la “ilusión necesaria” y las “simplificaciones exageradas y emocionalmente potentes” para mantener a los simplones ingenuos en el camino correcto. Lo que menos se discute, quizás porque se encuentra muy cerca del meollo del problema, es que las mismas clases educadas debe ser profundamente indoctrinadas si van a llevar a cabo su papel gerencial.

Con algunas modificaciones, estos principios se aplican también al tercer mundo. Su población también tiene su “función”, pero ésta no es exactamente la misma que la de la manada aturdida del primer mundo. Las modalidades de control varían también; se puede recurrir al terror y a la violencia en unos niveles inaceptables en el frente del primer mundo.

Estos eran algunos de los principios que guiaron a los planificadores del orden mundial moderno de la década de los cuarenta. En este sistema global, el tercer mundo sería “explotado” para satisfacer las necesidades de las sociedades capitalistas industrializadas y para “cumplir con su función principal como fuente de materias primas y mercado”. Estas palabras provienen del equipo de planificación política del Departamento de Estado, dirigido por George Kennan, en relación con África y el sudeste asiático, pero su aplicación es mu-

cho más amplia. En América Latina, al igual que en otras partes, Kennan explicó, “la protección de nuestros recursos” debe ser una preocupación muy importante. “Dado que la mayor amenaza contra nuestros intereses es nativa”, Kennan continuó, “debemos aceptar la necesidad de una política represiva por parte del gobierno local”. “Las duras medidas represivas gubernamentales” no deberían causar escrúpulos en tanto “los resultados del balance sean favorables a nuestros propósitos”. En general, “es mejor tener un régimen fuerte en el poder que un gobierno liberal indulgente y flojo e infiltrado por comunistas.” Aquí el término “comunistas” es usado en su sentido técnico ordinario, refiriéndose a dirigentes sindicales, a promotores campesinos, a sacerdotes organizadores de grupos autogestionarios y a otros con prioridades equivocadas.

Las prioridades correctas están definidas en los documentos del más alto nivel de planificación. La mayor amenaza a los intereses estadounidenses son “los regímenes nacionalistas” que responden a las presiones populares para “mejorar inmediatamente los bajos niveles de vida de las masas” y para diversificar las economías. Estas iniciativas interfieren con “la protección de nuestros recursos” y con nuestros esfuerzos para promover “un clima que conduzca a la inversión privada”, lo cual permitirá al capital extranjero “repatriar una ganancia razonable”. La amenaza del comunismo, tal como la explica un prestigioso grupo de analistas, es la transformación económica de las potencias comunistas “de tal manera que su voluntad y habilidad para complementar las economías industrializadas de occidente se reducen”. Esta es la base real de la intensa hostilidad hacia la Unión Soviética y su sistema imperial desde 1917, y la razón de por qué el nacionalismo independentista del tercer mundo, de cualquier índole, ha sido considerado como “el virus” que debe ser erradicado.

En el mismo sentido, las fuerzas legítimas del tercer mundo están conformadas por la oligarquía, la empresa privada y los militares, quienes entien-

den y sirven a las prioridades estadounidenses. La función de la población es servir como bestia de carga; la función de la élite es mantenerla controlada. Lo ideal es que estos objetivos puedan obtenerse con medios democráticos, incluso es lo preferible, aunque sólo sea con fines propagandísticos. Si esto no es posible, deben encontrarse otras maneras, y en los dominios del tercer mundo, no es necesario ser delicado sobre los métodos a escoger. A la multitud pícara se le pueden dar lecciones sobre modales, aterrizándola con bombardeos como los de Inglaterra en Irak hace setenta años; con gases venenosos, cuyo uso contra "tribus salvajes" fue autorizado en esa época por un alto funcionario de la Oficina de Guerra, Winston Churchill, quien recomendó generar un "terror vivo" y condenó a "los melindrosos" que cuestionaron "la aplicación de la ciencia occidental a la guerra moderna"; con escuadrones de la muerte, "desapariciones" y otros métodos propios de los estados neonazis de seguridad nacional, promovidos por Estados Unidos desde la época de la presidencia de Kennedy; etc., etc., de una manera que es de todos conocida.

Por supuesto, para el consumo interno se necesita otra formulación. En primer lugar, el disfraz para la intervención es la autodefensa, una característica virtualmente constante del arte de gobernar. En segundo lugar, se hace uso de la violencia por objetivos nobles: la libertad, la justicia, el orden mundial y la democracia. Pero, al igual que todos los términos del discurso político, todos éstos tienen su significado orwelliano especial, elaborado para la ocasión. De hecho, estamos inspirados por "el anhelo de la democracia", tal como nos lo dice el *New York Times*, pero "democracia" en el sentido correcto del término.

El conflicto entre los dos conceptos de democracia surgió con claridad particular en la década pasada, en Centroamérica y en el Caribe. Pocos rincones del mundo han sido tan dominados por un poder regional; sin embargo, ningún comentarista respetable ha dejado entrever que las circunstancias pueden estar relacionadas con este hecho. Hace diez años, había signos de esperanza que apuntaban hacia el final de la edad oscura del terror y de la miseria, con el surgimiento de grupos

autogestionarios, sindicatos, asociaciones campesinas, comunidades cristianas de base y otras organizaciones populares, frecuentemente inspiradas en "la opción preferencial por los pobres", adoptada por los obispos latinoamericanos. Estos acontecimientos relevantes podían haber sentado las bases para las reformas sociales y la democracia que se necesitaban desesperadamente, pero se trataba de una democracia en el sentido equivocado, puesto que la multitud pícara estaba levantando su cabeza.

Esta posibilidad provocó una fuerte respuesta del gobernador del hemisferio y de sus títeres locales, quienes lanzaron una enorme campaña de masacres, torturas y de barbarie generalizada. Los primeros esfuerzos de Nicaragua para colocar sus recursos en manos de las mayorías pobres empujaron a Washington a una guerra económica e ideológica, y al terror descarado, para castigar semejantes transgresiones, destruyendo la economía y la vida social. El objetivo de estos programas, buscado con la aprobación general de los aliados europeos, era restablecer "el modo centroamericano" y "restaurar la democracia", tal como el gobierno y los medios de comunicación los proclamaron constantemente —pero "democracia" en el sentido correcto, pues el poder lo tendrían aquellos que comprendían su función.

Estas medidas tuvieron bastante éxito, hundiendo a la región aún más en el sufrimiento y la miseria, y dejando a las sociedades "afectadas por el terror y el pánico", en "la intimidación colectiva y el temor generalizado" y con "la aceptación internalizada del terror", según las palabras de una organización salvadoreña de derechos humanos relacionada con la Iglesia. Las opiniones ilustradas ven estas consecuencias con satisfacción, en la medida en que el desafío al poder y al privilegio es rechazado y en que los objetivos han sido seleccionados adecuadamente: el asesinato público de sacerdotes prominentes no es muy inteligente, pero los activistas rurales y los sindicalistas son más aceptables —y por supuesto, también lo son los campesinos, los indígenas, los estudiantes y en general toda la chusma. El secretario de Estado George Shultz expresó el sentimiento común de su gobierno al calificar los resultados obtenidos en



El Salvador como "algo de lo cual todos los estadounidenses se pueden enorgullecer" —por lo menos, todos aquellos que gozan viendo cuerpos torturados, niños hambrientos, terror y pánico y miedo generalizado.

El secretario Shultz hizo estas declaraciones mientras se lamentaba del terrorismo y en el preciso momento en el cual Estados Unidos estaba bombardeando Libia, matando a muchos civiles con el gran aplauso de la opinión pública estadounidense. Su orgullo ante unos resultados que pueden compararse con Pol Pot no produjeron ningún comentario, porque, en realidad, su visión es compartida en los círculos respetables, que comprenden, al igual que Winston Churchill, los méritos del "terror vivo".

Este entendimiento se encuentra en el núcleo de la cultura tradicional. En los primeros años de la república estadounidense, John Quincy Adams escribió una carta oficial en la cual tomó nota de "la eficacia saludable" del terror, emprendido, en este caso, contra los indígenas estadounidenses y los esclavos fugitivos, quienes eran el blanco de las rabiosas campañas del general Andrew Jackson en Florida, las cuales aniquilaron virtualmente a la mayor parte de la población nativa y dejaron a la provincia española bajo el control de Estados Unidos. Esta defensa de masacres brutales, del desplazamiento de indígenas, de la esclavitud, de la violación de los tratados y de la guerra ejecutiva impresionó a Thomas Jefferson como "una de las más eficaces que jamás he visto, tanto por su lógica como por su estilo", un juicio en el cual los historiadores modernos están también de acuerdo. Jefferson estaba tan convencido de esta diatriba racista que urgió difundirla ampliamente para "mantener en Europa una opinión correcta sobre nuestra moralidad política", un propósito verosímil, dado que "la eficacia saludable" del terror siempre ha sido igualmente apreciada en los círculos europeos cultivados.

Sin embargo, aquí hace falta hacer una salvedad. En nuestra sociedad humana e ilustrada, no lanzamos campañas de terror ni masacramos sin mayor motivo, simplemente porque encontremos divertida esa práctica. Al contrario, estos son medios, no fines, y como tales deben satisfacer el

criterio pragmático de la eficiencia. Aborrecemos a los Mengele e Idi Amin, porque no comparten estos valores elevados, los cuales son enfatizados particularmente por quienes se encuentran en las fronteras del pensamiento humanista e izquierdista liberal. Por lo tanto, cuando el Departamento de Estado confirmó públicamente que Estados Unidos apoyaba los ataques terroristas a las cooperativas agrícolas de Nicaragua, Michael Kinsley, representante de estos sectores en el sistema doctrinal estadounidense, escribió que no debíamos apresurarnos a condenar la política oficial del gobierno. Este tipo de operaciones terroristas internacionales, sin duda, causan "un enorme sufrimiento humano", observó Kinsley. Pero si tienen éxito "al socavar la moral y la confianza en el gobierno", entonces, pueden ser "perfectamente legítimas". La política es "sensata" si "el análisis costo-beneficio" muestra que "la cantidad de sangre que será derramada y de miseria que será provocada" es contrapesada por "la democracia" que produce, donde el concepto de democracia debe ser entendido en la forma ya discutida antes.

En base a las mismas premisas, es normal que nadie se sorprenda cuando la revista más importante del liberalismo estadounidense, la *New Republic*, otorgó "buenas notas" a "Reagan y compañía" por su apoyo al estado de terror en El Salvador, cuando éste alcanzó su pico en 1981, y después, tres años más tarde, al contemplar la carnicería, recomendó a Reagan y compañía que debíamos enviar ayuda a "los fascistas al estilo latinoamericano... prescindiendo de la cantidad de personas asesinadas", porque "las prioridades estadounidenses son más importantes que los derechos humanos de los salvadoreños". Quienes conocen nuestros valores tradicionales no encontrarán nada de lo cual sorprenderse en tales declaraciones, ni en el hecho de que éstas vayan de la mano con denuncias apasionadas de los crímenes cometidos por los enemigos oficiales. Tampoco se sorprenderán de que un distinguido profesor de teoría política de la Universidad de Cambridge alabe al presidente Bush por permanecer firme ante "nuestras tradiciones", que "afortunadamente han probado tener valores universales en su núcleo, mientras que en las de ellos a veces cuesta distinguirlos del nihilismo desenfrenado (y fuerte-

mente armado)" (John Dunn, *Times Literary Supplement*, 5 de octubre de 1990). Estos sentimientos serán muy apreciados por quienes han experimentado nuestros valores tradicionales desde aquellos días cuando Inglaterra, después de pacificar a sangre y fuego las regiones celtas, extendió su benevolencia a Asia, Africa y América del Norte.

Al parecer, los logros de nuestro sistema doctrinal son maravillosos. Las guerras de Indochina son un ejemplo memorable. Después de años de terror, con decenas de miles de asesinados, en un esfuerzo para socavar la solución diplomática, Estados Unidos atacó directamente Vietnam del Sur, en 1962, bombardeando extensamente objetivos civiles como parte de las operaciones para empujar a millones de personas hacia campos de concentración, donde podían ser "protegidas" de los guerrilleros nativos, a quienes, tal como se reconoció, esas personas apoyaban voluntariamente. Apenas se levantó un murmullo de protesta en el occidente civilizado, porque, después de todo, se trataba de una autodefensa ante un acto de "agresión interna", tal como lo explicó Adlai Stevenson, un héroe liberal, a las Naciones Unidas. Y Estados Unidos no tenía alternativa, puesto que estaba "políticamente débil", aunque militarmente fuerte, tal como todos lo reconocieron. La agresión de Estados Unidos se extendió a toda Indochina, con consecuencias bien conocidas. Veintiocho años después del ataque descarado de Estados Unidos contra Vietnam del Sur, en la cultura dominante, nadie se atreve a calificar el hecho de esta manera en público.

Al discutir "las lecciones de Vietnam", *The Economist*, de Londres, distingue correctamente entre los conservadores, quienes creen que la guerra pudo haber sido ganada, y los liberales, quienes disputan ese juicio táctico. Dentro de una cultura de comisarios bien disciplinada, cuya doctrina moral de fondo es el criterio pragmático, no puede surgir ninguna otra pregunta. De esta forma, nuestros valores tradicionales nos garantizan que, por definición y principios, no podemos equivocarnos

—exceptuando la ingenuidad y el error comprensible. Claro está, para mantener este feliz estado debemos tener poder —y el salvajismo necesario para hacerlo ecuanímente—, además de pisotear la cara de quien se atreve a cuestionar nuestra nobleza. Esto jamás ha sido problemático.

La apreciación de la "eficacia saludable" del "terror vivo" es uno de los componentes fundamentales de nuestros valores tradicionales; otro componente es nuestro "anhelo de democracia". Este último se puede ver en las reacciones ante los últimos logros de la cruzada por la democracia, emprendida por el mundo libre. Veamos el caso de Honduras. La prensa liberal calificó las elecciones presidenciales de noviembre de 1989 como "un hito para Estados Unidos, que ha utilizado el caso de Honduras como prueba de que los gobiernos elegidos democráticamente que apoya en Centroamérica están echando raíces". Al reunirse con el nuevo presidente hondureño, Rafael Callejas, el presidente Bush dijo que su gobierno era "un ejemplo inspirador de la promesa democrática que hoy se está extendiendo por todas las Américas".

Una mirada más de cerca nos ayudará a entender el concepto operativo de la democracia. De hecho, las elecciones se limitaron a dos candidatos, uno proveniente de una familia de industriales adinerados; el otro, de una familia de grandes terratenientes. En el informe de la prensa que recoge este hito, leemos que sus asesores más cercanos "reconocen que existen pocas diferencias de fondo entre los dos y entre las políticas que seguirían como presidentes". Ambos partidos representan a grandes terratenientes e industriales, y mantienen vínculos cercanos con el ejército, el cual es independiente de la autoridad civil, según la Constitución, pero que, al igual que la economía hondureña, depende mucho de Estados Unidos. El *Central America Report*, de Guatemala, añade que, "debido a la falta de un debate sustantivo, ambos candidatos se dedican a insultarse y a acusarse para entretener a las multitudes en sus mítines de campaña y en sus apariciones políticas" —

**La función de la población es servir como bestia de carga;  
la función de la élite es mantenerla controlada.**

todo ello es bien conocido para la audiencia estadounidense, lo cual no es ninguna coincidencia. La participación popular se reduce al ritual de la votación. Los partidos de la oposición legal (la democracia cristiana y la social democracia) denunciaron un fraude masivo.

Las violaciones de los derechos humanos por parte de las fuerzas de seguridad, junto con los ataques con bombas y fuego de fusilería contra las figuras políticas independientes, los periodistas y los líderes sindicales, aumentaron a medida que la elección se aproximaba. En los meses anteriores, las fuerzas armadas lanzaron una campaña de violencia política, incluyendo el asesinato de dirigentes sindicales y otras ejecuciones extrajudiciales, y el apareamiento de cuerpos torturados y mutilados a la orilla de las carreteras por primera vez. La organización de derechos humanos CODEH informó que por lo menos 78 personas habían sido asesinadas por los cuerpos de seguridad durante los primeros seis meses de 1989, mientras que los casos registrados de tortura y golpizas se triplicaron en relación con los del año anterior. Sin embargo, el terror del Estado se mantuvo a un ni-

vel lo suficientemente bajo como para no perturbar a la opinión pública respetable, de modo que Honduras se merece un aplauso cordial de parte de nuestra benevolencia.

En Honduras, el hambre y la miseria general son predominantes, la extrema concentración de la riqueza aumentó durante la década de "democracia" y el 70 por ciento de la población está desnutrida. A pesar de la enorme ayuda estadounidense y de la inexistencia de un conflicto guerrillero, la economía está colapsando, el capital se está fugando y la inversión extranjera ha descendido abruptamente, y casi la mitad de los ingresos, en concepto de exportaciones, está dedicada al servicio de la deuda. Pero el orden no está amenazado seriamente y las ganancias aumentan.

En suma, Honduras es una democracia loable y no existen razones para preocuparse porque las elecciones no sean completamente limpias; no así en Nicaragua, donde la campaña electoral comenzó justamente en el momento en el cual se dio este "ejemplo inspirador del proceso democrático". Para no dejar nada al azar, George Bush trajo a su





candidata a Washington, donde la Casa Blanca anunció que Estados Unidos suspendería su guerra económica contra Nicaragua si la población votaba como él lo deseaba. Esta guerra económica fue condenada por la Corte Internacional de Justicia y por el consejo del Tratado General de Libre Comercio (GATT), pero estos hechos son irrelevantes en las culturas occidentales violentas y sin ley, y, por lo tanto, pasaron desapercibidos, junto con la condena de la Corte Internacional por el "uso ilegal de la fuerza", la cual apenas provocó unas cuantas reacciones de condena contra dicha Corte, considerada como "un foro hostil" (*New York Times*), y por consiguiente, irrelevante. Bush también anunció que el apoyo de Estados Unidos a sus fuerzas terroristas continuaría, violando así el veredicto de la Corte Internacional y los acuerdos de los presidentes centroamericanos. Esto también fue silenciado, junto con la continuación del terror mismo. De acuerdo con nuestros valores tradicionales, es completamente legítimo decirle al pueblo de Nicaragua que tiene "libertad para escoger": votar como nosotros queremos o ver cómo sus niños se mueren de hambre. La única variación de estas presunciones se dio a nivel estadístico, aparte de los márgenes remotos.

Otro ejemplo importante de la cultura política occidental es la reacción ante las elecciones de febrero de 1990 —las primeras elecciones libres en Nicaragua desde la época de Somoza, según el canon oficial. Con el titular "Americanos unidos en la alegría", el *New York Times* volcó su atención a la única interrogante que quedaba pendiente: ¿a quién felicitar por este dichoso desenlace? Frases como "unidos en la alegría" no son del todo desconocidas. Podrían encontrarse, por ejemplo, en Corea del Norte o en Albania. El asunto era completamente polémico, al menos en Nicaragua, pero a los occidentales ilustrados les gusta ser descritos como totalitarios, dedicados, "unidos en la alegría". Las actitudes están tan arraigadas que pasan desapercibidas.

La prensa aclamó esta "Victoria del juego limpio de Estados Unidos", mientras explicaba francamente cómo se produjo. En una reacción típica, la revista *Time* detalló los métodos utilizados para lograr la última de esta "serie de felices sorpresas

democráticas": "destruir la economía y proseguir una guerra títtere, larga y mortal, hasta que los mismos nativos exhaustos derroquen el gobierno indeseable", con un costo "mínimo" para nosotros, dejando a la víctima "con sus puentes destruidos, sus centrales eléctricas saboteadas y sus fincas arruinadas", dándole así al candidato predilecto de Estados Unidos "una consigna ganadora": poner fin al "empobrecimiento del pueblo de Nicaragua". Lo único que dividía a los conservadores y a los liberales, concluyó el *Time* con total exactitud, es "quién debe reclamar el crédito" por este triunfo de la democracia.

Un respetable comentarista de la presidencia estadounidense, Hugh Sidey, pidió a la opinión pública "tratar justamente" a Ronald Reagan, quien había conseguido los objetivos que buscábamos unánimemente con un costo bajo. "Comparemos el caso de Vietnam", prosigue Sidey, "58,000 estadounidenses muertos, 150 mil millones de dólares gastados, la nación desgarrada por el rencor, una derrota amarga". En cambio, los reaganitas dirigieron una operación eficiente, en términos de costos, gastando sumas insignificantes para causar unos daños valorados en unos 15 mil millones de dólares a Nicaragua, matando directamente a unas 30 mil personas, además de otra cantidad de personas desconocida, quienes murieron por las enfermedades y el hambre. Sin embargo, podemos notar que Sidey no es muy justo con sus predecesores, quienes, después de todo, tuvieron éxito al asesinar a millones en Indochina y al dejar a tres países en ruina total, un logro nada despreciable, pese a su excesivo costo para nosotros.

A pesar del interés macabro que tengo en la cultura política, hice una investigación detallada de las reacciones ante la victoria estadounidense; las reacciones a lo largo del espectro variaron muy poco —aparte del debate sobre quién merece el crédito.

Guatemala y El Salvador también son consideradas democracias. La opinión de la élite se siente muy orgullosa por haber establecido y mantenido esas carnicerías con "elecciones libres", después de haber llevado a cabo una serie de masacres, torturas, desapariciones, mutilaciones y después de haber aplicado otros medios eficaces de con-



## En pocas palabras, Nicaragua y los demás países deberían ser libres, libres para hacer lo que nosotros queremos que hagan.

trol. La destrucción física de los medios de comunicación independientes y el asesinato de editores y periodistas por parte de los cuerpos de seguridad pasaron virtualmente sin comentario —con frecuencia ni siquiera fueron informadas— entre sus colegas estadounidenses. Todo ello, sin tomar en cuenta otras atrocidades.

Las doctrinas básicas han sido captadas por Robert Pastor, quien estuvo a cargo de los asuntos latinoamericanos del Consejo de Seguridad Nacional durante el gobierno de Carter, y quien es considerado una “superpaloma de ultrazquierda”, según las normas de Estados Unidos. En su interesante libro sobre la política de Estados Unidos hacia Nicaragua, Pastor escribe que “Estados Unidos no quiso controlar a Nicaragua ni a ninguna otra nación de la región, pero tampoco quería permitir que las cosas se salieran de su control. Quería que los nicaragüenses actuaran independientemente, *excepto* cuando fueran a afectar adversamente los intereses estadounidenses (el énfasis es suyo). En pocas palabras, Nicaragua y los demás países deberían ser libres —libres para hacer lo que nosotros queremos que hagan. Deberían determinar su propio destino independientemente, con tal que sus opciones se acomoden a los intereses estadounidenses. Si utilizan la libertad que les concedemos imprudentemente, tenemos todo el derecho para responder en autodefensa, aunque existen diversas opiniones en torno a la táctica apropiada.

Observemos que la concepción de libertad e independencia corresponde exactamente a la doctrina liberal respecto a la población estadounidense misma, la cual también debe ser libre para ratificar las decisiones de sus superiores, pero no para decidir imprudentemente, puesto que no entiende el fondo de los asuntos, los cuales están fuera de su alcance limitado.

Al restaurarse el “modo centroamericano”, la reacción general de la élite ha sido de gratificación por “algo de lo que todos los americanos podemos estar orgullosos”. “Por primera vez, los cinco países tienen presidentes elegidos en con-

tiendas que todos consideran libres y justas”, informó el *Washington Post*, desde la ciudad de Guatemala, en junio de 1990, expresando así la satisfacción general por el triunfo de los “políticos conservadores” en unas elecciones que, debemos entender, fueron completamente limpias y honestas, sin coerción ni influencia extranjera. Es cierto, prosigue, que “en Centroamérica, los políticos conservadores han representado tradicionalmente el orden establecido”, defendiendo a los ricos “a pesar de las tendencias excesivamente distorsionadas de la distribución del ingreso”. “Sin embargo, la ola de democracia que ha envuelto a la región durante los últimos años parece estar cambiando las prioridades de los políticos”, de modo que los días malos del pasado han terminado para siempre.

Cualquier estudioso de la historia y de la cultura de Estados Unidos reconocerá las viejas movidas. De nuevo, somos testigos del milagroso cambio de curso, el cual ha ocurrido cuando algunos excesos del Estado especialmente salvajes han quedado al descubierto —y, reflejamente, han sido consignados en la categoría de error inadvertido. Por lo tanto, toda la historia y las razones que explican su carácter persistente pueden ser descartadas como irrelevantes, mientras nosotros seguimos la marcha hacia adelante, guiando a nuestro rebaño hacia un mundo nuevo y mejor.

Para comprobar que los nuevos conservadores son populistas dedicados, el *Washington Post* cubrió la cumbre presidencial centroamericana, celebrada recientemente en La Antigua (Guatemala). Los presidentes, todos ellos “comprometidos con la economía de libre mercado”, han abandonado las metas inútiles de la reforma social, reza la nota periodística. “Ni en el plan ni en la más larga y más general ‘Declaración de Antigua’ se menciona la reforma agraria ni se sugieren nuevos programas gubernamentales de bienestar social para ayudar a los pobres”. Más bien, los presidentes han adoptado “una perspectiva de ‘rebalse’ para ayudar a los pobres”. “La idea es ayudar a los pobres sin amenazar la estructura fundamental del

poder", observó un economista de la región al contemplar estas nuevas ideas imaginativas sobre cómo seguir nuestra vocación de servicio a las masas sufridas: "una opción preferencial por los ricos", para superar los errores cometidos por los obispos latinoamericanos.

Mientras en La Antigua se celebraba la cumbre de tres días de los conservadores populistas, 33 cadáveres torturados y acribillados fueron descubiertos en Guatemala. Pero este hecho no perturbó la celebración del triunfo de la libertad y la democracia, ni siquiera fue registrado en la prensa. Tampoco lo hizo el resto de los otros 125 cadáveres, la mitad de ellos con señales de tortura, encontrados por todo el país en ese mes, según un informe de la Comisión de Derechos Humanos de Guatemala. El informe nos llegó desde México, donde dicha comisión tiene su sede en la actualidad, para que los promotores de los derechos humanos puedan sobrevivir ahora que Estados Unidos ha establecido la democracia en su patria.

Pocos días después del alentador informe del *Washington Post* sobre la cumbre de La Antigua, en un periódico importante de Honduras apareció un editorial con el siguiente titular, "La miseria aumenta en Honduras a causa del ajuste económico", refiriéndose a la nueva y muy prometedora estrategia del "rebalse" —de hecho, es la vieja estrategia de siempre, pero con sus características letales más arraigadas. Las víctimas principales son "los grupos abandonados de siempre: los niños, las mujeres y los ancianos", según las conclusiones de un seminario académico sobre "La política social en el contexto de la crisis"; estas conclusiones fueron confirmadas por "la Iglesia, los sindicatos, varios partidos políticos y destacados economistas y estadísticos del país". La mitad de la población vive por debajo del nivel de "la necesidad extrema". El desempleo, la desnutrición de primer grado y la desnutrición aguda están aumentando. Este cuadro se repite en toda la región, y, de hecho, en todos los dominios occidentales del tercer mundo.

No debemos subestimar los éxitos que el humanismo occidental ha obtenido en Centroamérica. El desafío al orden tradicional fue efectivamente contenido. La miseria de la inmensa ma-

yoría se profundizó, mientras que el poder de los militares y de los sectores privilegiados aumentó detrás de la fachada de formas democráticas. Las esperanzas de hace una década han desaparecido de la memoria. Unas doscientas mil personas han sido asesinadas, e incontables han sido mutiladas, torturadas, "desaparecidas", y forzadas a abandonar sus hogares. El pueblo, las comunidades y el medio ambiente han sido devastados, quizás de manera irrevocable. Ciertamente, fue una gran victoria.

Aún quedan algunos asuntos por resolver, sin embargo. En Nicaragua, todavía no se ha conseguido restaurar el control estadounidense sobre las fuerzas de seguridad, y el gobierno de la UNO no se ha mostrado lo suficientemente duro y salvaje para los gustos de Estados Unidos. Y, pese a las presiones ejercidas por éste —entre ellas, la retención de las migajas de la ayuda prometida—, el gobierno se ha seguido negando a retirar el caso de la Corte Internacional de La Haya, así como a su exigencia de ser indemnizado. Por supuesto, la opinión respetable de occidente no espera que Estados Unidos acepte el veredicto de la Corte Internacional, pero el asunto causa un destello de vergüenza en medio de la postura actual sobre la santidad del derecho internacional.

En El Salvador también persisten los problemas. El asesinato de los intelectuales jesuitas produjo alguna incomodidad, pero únicamente por razones tácticas, tal como lo comprobó la reacción ante otras atrocidades actuales. En octubre pasado, el Congreso congeló la mitad de la ayuda militar planeada, 42.5 millones de dólares, en protesta por el fracaso en presentar ante la justicia a los asesinos. El gobierno de Bush protestó, pero no muy vociferantemente. Una razón, debidamente suprimida por la prensa libre, es que la Casa Blanca había arreglado con el Fondo Monetario Internacional para proporcionar a El Salvador 50 millones de dólares dos meses antes, unos fondos que debían liberar otros 100 millones de dólares adicionales, provenientes de otras fuentes privadas de financiamiento, junto con 100 millones de dólares provenientes de la reprogramación de la deuda. El préstamo del Fondo Monetario Internacional, el primero desde 1982 y difícilmente





xico y la Española —donde sus guerreros asesinaron y destruyeron, reestablecieron virtualmente la esclavitud, demolieron el sistema político, y colocaron a esos países firmemente en las manos de los inversionistas estadounidenses—, las acciones fueron autodefensa contra los hunos [término peyorativo, utilizado para referirse a los alemanes]. En años anteriores, las conquistas e intervenciones fueron emprendidas para defenderse de Gran Bretaña y los “viles monomaniacos canadienses”, manipulados por ésta, o de España, o de los “despiadados indios salvajes” de la

reconciliable con los lineamientos de aquél, estaba destinado a “la ayuda económica”, pero el presidente Cristiani y su ministro de defensa anunciaron que toda la ayuda económica podría ser usada para propósitos militares, y que “el gobierno buscará medios alternativos para financiar el ejército para no afectar el presupuesto militar, y, en consecuencia, las acciones de la Fuerza Armada”. Ninguno de los dos mencionó que los “medios alternativos” ya habían sido proporcionados a través de los juegos sucios del departamento de Estado. Pocas semanas después, el gobierno de Bush envió 48.1 millones de dólares en ayuda militar, sacados de futuras asignaciones, lo cual significa que el Congreso puede ser presionado pronto para proporcionar nuevos fondos y mantener así el nivel proyectado para 1991.

Los ojos de la opinión pública están puestos en el golfo Pérsico, pero el Estado tiene muchos ojos, y muchas manos ocupadas, y el momento actual es muy oportuno para proseguir sus objetivos sin temor a ser descubierto (aunque sea mínimamente).

Desde 1917, el uso de la fuerza ha sido presentado como autodefensa contra la amenaza soviética —incluyendo la invasión de la misma Rusia. Antes de la revolución bolchevique, se tomaron acciones similares, pero por temor a otras amenazas. Cuando Woodrow Wilson invadió Mé-

época de la declaración de la independencia.

Pero ahora que la guerra fría se ha convertido en un sueño borroso, las intervenciones han continuado como siempre. En 1989, en el primer acto de agresión de la época posterior a la guerra fría, Estados Unidos invadió Panamá, matando a centenares (posiblemente miles) de civiles, restaurando el gobierno de la élite blanca, que representa el diez por ciento de la población, y garantizando su dominio sobre la Zona del Canal. Como ni siquiera las imaginaciones más fértiles pudieron conjurar una amenaza rusa, se inventaron otros pretextos, no menos ridículos, pero más apropiados para las circunstancias. El embajador Thomas Pickering incluso informó a las Naciones Unidas que Estados Unidos interpretaba que su carta magna le daba poder para usar la fuerza y “defender nuestros intereses” —un desliz momentáneo que dejó entrever la realidad, obedientemente ignorada por los creyentes.

Entonces, después de la primera guerra mundial, el patrón tradicional de las intervenciones continuó, pero con dos cambios fundamentales. En primer lugar, Estados Unidos se unió a Inglaterra y Francia, convirtiéndose en el actor principal de la arena internacional. En segundo lugar, intervino para defender a la civilización misma contra el desafío de los bolcheviques.

En la década de los cuarenta, el marco ana-



lítico, formulado después de la primera guerra mundial, se amplió más, en la medida en que Estados Unidos se convirtió en el primer poder realmente mundial de la historia y se dedicó a la tarea de construir un orden mundial de acuerdo a sus intereses. El capitalismo industrial se reconstruiría bajo el liderazgo de Alemania y Japón, pero ahora bajo el control de Estados Unidos. Dentro del marco general del internacionalismo liberal, se esperaba que la empresa privada estadounidense prosperara, al encontrar amplias oportunidades para las inversiones y los mercados para su exceso de producción, expectativas que, en gran medida, se cumplieron. La función del tercer mundo ya ha sido expuesta.

A partir de la década de los setenta, el sistema de postguerra ha estado progresando hacia lo que ahora se conoce como un nuevo orden mundial — pero este orden no tiene mucho en común con las construcciones de los ideólogos, con sus frases bonitas sobre la paz, la justicia y la inviolabilidad de la ley internacional— con tal de detener al nuevo Hitler de Bagdad antes de que conquiste el mundo. El perfil básico del nuevo orden mundial actual se venía perfilando desde hace veinte años, cuando surgió un “mundo tripolar” al dispersarse el poder económico de Estados Unidos. El colapso de la tiranía soviética aporta varias dimensiones nuevas. En primer lugar, en la actualidad existe la perspectiva de “latinoamericanizar” a una gran parte del antiguo imperio soviético, es decir, una oportunidad para colocarlo de nuevo en su estado semi-colonial de antes, proporcionando recursos, mano de obra barata, mercados, oportunidades de inversión, y otras comodidades propias del tercer mundo. Este acontecimiento podría traer consecuencias enormes. Estados Unidos se siente claramente incómoda ante la posibilidad de que una Europa dominada por Alemania y Japón tomen la delantera en la explotación de este nuevo tercer mundo.

Una segunda consecuencia del colapso soviético es el hecho de que Estados Unidos se encuentra más libre que antes para utilizar la fuerza, ya que el factor disuasivo representado por la Unión Soviética ha desaparecido. En cualquier confrontación, cada parte intenta jugar sus mejores cartas,

trasladar el conflicto a una arena en la cual probablemente prevalecerá. Por estas razones, Estados Unidos siempre ha considerado a la diplomacia y al derecho internacional como estorbos molestos; un hecho familiar para los que siguen los acontecimientos del Sudeste de Asia, Centroamérica y el Medio Oriente, entre otros. Dada la configuración actual de los lados fuertes y débiles de Estados Unidos, la tentación para trasladar las situaciones a la arena de la confrontación violenta rápidamente es, con toda seguridad, muy fuerte. Por otra parte, Estados Unidos intenta mantener su virtual monopolio de la fuerza, dada la ausencia de probables competidores para ese papel. Una consecuencia será la exacerbación de las dificultades económicas internas; otra será la renovada tentación de “hacerlo sola”, al confiar más en la amenaza de la fuerza que en la diplomacia.

El conflicto del golfo Pérsico subrayó estas cuestiones. Aparte de Inglaterra, la cual tiene sus propios intereses en Kuwait, las potencias industriales más importantes demostraron poco interés en una confrontación militar. La reacción de Washington fue ambivalente. La guerra es peligrosa, pero el desescalamiento de la crisis sin una demostración de la eficacia de la fuerza es también un desenlace indeseable. En cuanto a los costos, es claramente ventajoso compartirlos, pero sin sacrificar el papel de policía solitario. Estas inquietudes contradictorias generaron una escisión profunda dentro de las filas de la élite en torno a la opción táctica de prepararse para la guerra y confiar en las sanciones; el gobierno de Bush optó por la primera.

En el nuevo orden mundial, los dominios del tercer mundo deben continuar controlados, algunas veces por la fuerza. Esta tarea ha sido responsabilidad de Estados Unidos, pero con su relativo declinar económico, la carga se vuelve cada vez más pesada para sus hombros. Una reacción es que Estados Unidos debe persistir en su tarea histórica, mientras recurre a otros para que paguen las cuentas. Al testificar en el Congreso, el subsecretario de Estado Lawrence Eagleburger explicó que el nuevo orden mundial emergente se fundamentará en una “especie de nuevo invento en la práctica de la diplomacia”: otros pagarán los

costos de las intervenciones estadounidenses para mantener el orden. David Hale, comentarista destacado en el área de asuntos económicos internacionales del *Financial Times*, calificó la crisis del golfo como "un hito en las relaciones internacionales de Estados Unidos", el cual será considerado por la historia como algo que "convirtió al ejército estadounidense en un bien público financiado internacionalmente", "una fuerza policial financiada internacionalmente". Aunque "algunos norteamericanos cuestionarán la moralidad de que el ejército estadounidense asuma un papel más explícitamente mercenario de lo que ha sido en el pasado", añade, "en la década de los noventa no hay otra alternativa realista...". La presunción es que el bienestar público debe identificarse con el bienestar de las potencias industriales occidentales, en particular con el de sus élites domésticas.

El editor de la sección financiera de uno de los diarios conservadores más importantes de Estados Unidos, William Neikirk, del *Chicago Tribune*, lo dice de forma más directa: debemos explotar nuestro "virtual monopolio en el mercado de valores... como palanca para conseguir fondos y concesiones económicas" de Alemania y Japón. Estados Unidos ha "monopolizado el mercado de valores de occidente" y a otros les falta "la voluntad política... para desafiar a Estados Unidos" en este "mercado". Por lo tanto, seremos los "policías de alquiler del mundo" y podremos "cobrar buenos honorarios" por los servicios prestados; el término "esbirro de alquiler" sería menos halagador, pero es más apropiado. Algunos nos llamarán "mercenarios", prosigue Neikirk, pero "éste es un término muy peyorativo para un ejército orgulloso, bien entrenado, bien financiado y muy respetado"; y digan lo que digan, "deberíamos tener la solvencia moral para poderles exigir" a Japón y Europa "un precio justo por nuestros servicios considerables", exigiendo a la vez que nuestros rivales "compren nuestros bonos a precios baratos, o que apunten el dolar, o mejor aún, que nos paguen en efectivo directamente, en nuestro tesoro público". "Podríamos cambiar este papel" de policía mundial, concluye, "pero junto con eso perderíamos gran parte del control que tenemos sobre el sistema económico mundial".

Esta concepción, aunque raras veces expuesta de modo tan contundente, es compartida en círculos amplios y refleja uno de los elementos esenciales de la reacción de Washington ante la crisis del golfo Pérsico. Implica que Estados Unidos debería continuar asumiendo la desagradable tarea de imponer el orden y la estabilidad (es decir, impulsar el debido respeto a los amos), con la anuencia y el apoyo de las otras potencias industriales, junto con la riqueza canalizada hacia Estados Unidos por medio de las monarquías dependientes de los países petroleros.

Se han escrito muchos comentarios curiosos sobre el "cambio maravilloso" de las Naciones Unidas (*New York Times*), puesto que ahora, al terminar la guerra fría, al fin, esa organización ha sido capaz de asumir sus funciones pacificadoras, las cuales ya no son obstruidas por el veto soviético ni por los despatriques del tercer mundo. Los hechos, escrupulosamente evitados en cientos de artículos sobre este tópico, proporcionan un mensaje diferente, sin ninguna ambigüedad. En los primeros años, la Unión Soviética bloqueó regularmente la acción de las Naciones Unidas, puesto que la organización era virtualmente un instrumento de la política exterior de Estados Unidos. Pero a medida que el mundo se recuperó de la guerra y la membresía de las Naciones Unidas se expandió con la descolonización, el cuadro cambió radicalmente.

En los últimos veinte años, Estados Unidos figura a la cabeza de los vetos del Consejo de Seguridad y de los votos en contra de las resoluciones de la asamblea general, con frecuencia sola o acompañada por algún otro país títere, en todas las cuestiones relevantes: en las agresiones, las anexiones, la legislación internacional, el terrorismo, el desarme, etc. Gran Bretaña ocupa el segundo lugar, seguida de lejos por Francia, con la Unión Soviética en cuarto lugar, con un séptimo del total de los vetos de Estados Unidos. No hay ninguna razón para suponer que con la retirada soviética de los asuntos mundiales, Estados Unidos y su títere británico pondrán fin abruptamente a su campaña contra el derecho internacional, la diplomacia y la seguridad colectiva —las cuales,

## **La miseria de la inmensa mayoría se profundizó, mientras que el poder de los militares y de los sectores privilegiados aumentó detrás de la fachada de formas democráticas.**

prácticamente, no tienen nada que ver con la guerra fría, como mostraría una mirada a los casos actuales. Más aún, la retórica "anti-occidental" del tercer mundo, que por lo general es despreciada, frecuentemente resulta ser un llamado de adhesión al derecho internacional, de hecho, una barrera débil contra las depredaciones de los poderosos.

En el caso del golfo Pérsico, las Naciones Unidas ha podido actuar porque, por primera vez, no fue bloqueada por Estados Unidos y sus aliados, como en otros muchos casos, alguno de ellos mucho peor que éste —para mencionar sólo algunas de las atrocidades que se siguen dando en la actualidad, la casi genocida invasión indonesia y la anexión de Timor, con el apoyo decidido, como siempre, de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Esta tendencia sigue sin cambios en la época posterior a la guerra fría. Desde noviembre de 1989, se han vetado cuatro resoluciones del Consejo de Seguridad, dos de ellas condenando los abusos israelitas de los derechos humanos, y dos condenando la invasión de Estados Unidos a Panamá. Todas ellas fueron vetadas por Estados Unidos, en un caso junto con Gran Bretaña y Francia, y en otro con la abstención de Gran Bretaña. La asamblea general votó dos resoluciones pidiendo adhesión al derecho internacional, una de ellas condenando el apoyo estadounidense a sus fuerzas terroristas que estaban atacando a Nicaragua; la otra, condenando el ilegal embargo estadounidense; Estados Unidos e Israel se quedaron solas en la oposición. Una resolución en contra de la adquisición de territorio por la fuerza fue aprobada con 151 votos a favor y 3 en contra (Estados Unidos, Israel y Dominica), una nueva afirmación del acuerdo pacífico y diplomático sobre el conflicto árabe-israelí que Estados Unidos ha bloqueado durante veinte años.

Ninguno de estos casos tenía relación alguna con la guerra fría, el veto ruso ni con los psicóticos del tercer mundo. Las historias que se cuentan acerca de las Naciones Unidas, algunas veces van

desde el simple engaño hasta la mentira descarada, acompañadas con las listas de todos los vetos desde la década de los cuarenta, pero con la información crucial de las fechas y las circunstancias suprimida, para apoyar las tesis requeridas por la propaganda del sistema (el profesor de Oxford, Adam Roberts, identificado como especialista en las Naciones Unidas, "El final de la guerra fría proporciona valentía a las Naciones Unidas", *Independent*, 3 de diciembre de 1990).

Según el criterio pragmático, el uso de la fuerza y el terror sólo es el último recurso. El Fondo Monetario Internacional es preferible a la CIA y a los *marines*, si ello es posible; pero no siempre es así. Algunos de los nuevos trucos ya aparecieron en la ronda de negociaciones sobre un nuevo orden económico mundial, en Uruguay. En la actualidad, estas negociaciones se encuentran en desorden por conflictos entre los ricos, pero, con seguridad, se reanudarán de una u otra forma. Las potencias occidentales están por "la liberalización" sólo cuando les conviene; y promueven el proteccionismo para los actores de su economía doméstica, cuando *eso* les conviene. La mayor preocupación de Estados Unidos en las negociaciones del Tratado General de Libre Comercio no es tanto la política agraria como "los nuevos temas", tal como ellos los llaman: las garantías para "los derechos de propiedad intelectual", supresión de las restricciones en los servicios e inversiones, etc.; una mezcla de liberalización y proteccionismo, determinada por los intereses de los poderosos.

El efecto de estas medidas sería limitar a los gobiernos del tercer mundo a una función policial para controlar a sus respectivas clases trabajadoras y a su población superflua, mientras las compañías multinacionales acceden libremente a sus recursos y monopolizan la nueva tecnología, la inversión y la producción mundial. Por otro lado, las empresas tienen garantizada la planificación central, la asignación presupuestaria, la producción y la dis-





tribución, funciones que han sido quitadas a los gobiernos, cuyo defecto principal es su propensión a ceder ante la influencia maléfica de la chusma. Estos hechos no han pasado desapercibidos para los comentaristas del tercer mundo, quienes han protestado elocuentemente y a gritos. Pero sus voces no han sido oídas —de nuevo, de acuerdo con nuestros valores tradicionales.

También podríamos observar la existencia de un entendimiento amplio, aunque tácito, en el sentido de que la aplicación del modelo capitalista es limitada; desde hace tiempo los dirigentes de la empresa privada reconocieron que eso no es para ellos. Las sociedades industriales que han tenido éxito se apartan bastante de este modelo, al igual que en el pasado, y ésta es una de las razones por la cual han tenido éxito como sociedades industriales. Estados Unidos, en lugar de aprovechar la ventaja comparativa que tenía en la producción de pieles, se convirtió en el granero del mundo y en la potencia industrial más grande, gracias a los subsidios estatales, a la inversión pública y al proteccionismo —el cual, por cierto, aumentó drásti-

camente durante “el conservadurismo” del gobierno de Reagan. Los sectores de la economía que permanecen competitivos son los que absorben gran cantidad de fondos estatales: las industrias de alta tecnología y la agricultura de capital intensivo, así como la industria farmacéutica y otras.

Las desviaciones son aún más radicales en la mayoría de los otros sistemas capitalistas de Estado, donde la planificación está coordinada por las instituciones estatales y los conglomerados financiero e industrial, algunas veces con procesos democráticos y pactos sociales de diversa clase, a veces no hay ninguna de estas cosas. Japón y su periferia son un caso bien conocido, junto con Alemania, donde, para mencionar sólo una característica, el Fondo Monetario Internacional estima que los incentivos industriales llegan al 30 por ciento de la tasa arancelaria. Algunos estudios comparativos de América Latina y de Asia Oriental en gran parte atribuyen las disparidades que surgieron a lo largo de la década de los ochenta a los efectos nocivos de la mayor apertura de América Latina a los mercados de capital, la cual per-

mitió una fuga de capitales en gran escala, al contrario de lo que sucedió en las economías de Asia Oriental, las cuales estaban más controladas por los gobiernos y los bancos centrales —y en el milagro del mercado libre, Corea del Sur, castigando hasta con la pena de muerte.

Las glorias de la libre empresa son un arma útil contra las políticas gubernamentales que pueden beneficiar a la población en general, y por supuesto, el capitalismo será lo más adecuado para las antiguas colonias y para el antiguo imperio soviético. Este modelo es muy recomendado para aquellos destinados a “cumplir con sus funciones”, sirviendo a los amos del orden mundial; el modelo facilita su propia explotación. Sin embargo, los ricos y poderosos de Estados Unidos siempre han apreciado la necesidad de protegerse a sí mismos de las fuerzas destructivas del mercado libre capitalista, lo cual podría proporcionar temas adecuados para discursos conmovedores, pero tan sólo en la medida en que no se ponga en peligro la caridad estatal y la estructura reguladora y proteccionista, y mientras el poder del Estado esté disponible cada vez que sea necesario.

Los costos del orden mundial emergente serán obvios para cualquiera que investigue las enormes catástrofes del capitalismo en los últimos años, particularmente en la última década, evidentes en la destrucción de los centros de las ciudades del país más rico del mundo y a lo largo de las vastas regiones que hace mucho tiempo dejaron de cumplir con su función de servicio —aunque algunos sectores, vinculados a los ricos que gobiernan el mundo, salen muy bien librados. Pero los ricos y privilegiados no escaparán ilesos. El ambiente físico necesario para mantener la existencia humana está severamente amenazado, en la medida en que la política está guiada por la codicia y las armas para la destrucción masiva proliferan en gran medida, porque así conviene a las grandes potencias. Asimismo, cada vez más están surgiendo conflictos entre los tres bloques principales de poder: Europa, dirigida por Alemania; Japón y su periferia; Estados Unidos y el bloque comercial y de recursos que busca consolidarse en el hemisferio occidental y en el Medio Oriente.

En épocas anteriores, estos conflictos desem-

bocaban en una guerra mundial. Esto no sucederá esta vez, por dos razones importantes: la interpenetración del capital es mucho más elevada, de tal manera que el poder del Estado tiene intereses más amplios y complejos que antes; y las armas modernas son tan terribles que solamente pueden contemplarse guerras contra adversarios más débiles.

Hacemos esta predicción con total confianza; si estamos equivocados, no quedará nadie para refutarla.

Factores como éstos conformarán los nuevos métodos para proseguir la guerra contra el tercer mundo, pero ahora con un disfraz nuevo y con una gama más variada de protagonistas en contienda. Las fuerzas populares de Estados Unidos y Europa han puesto ciertos obstáculos al avance del terror del Estado y han ofrecido alguna ayuda a aquellos que son blancos de la represión, pero a menos que no aumenten considerablemente el radio de su acción y su compromiso, el futuro de las víctimas de siempre es sombrío.

Sombrío, pero no desesperado. Los pueblos oprimidos siguen luchando por sus derechos con asombroso valor y persistencia. Y, en el mundo industrial, con el bolchevismo desintegrándose y el capitalismo abandonado hace tiempo, existen perspectivas para resucitar los ideales socialistas y libertarios así como también los radical democratas, que han languidecido, incluyendo el control popular del centro de trabajo y sobre las decisiones acerca de las inversiones, y, correspondientemente, el establecimiento de una democracia política más real, en la medida en que se vayan reduciendo las restricciones impuestas por el poder privado. Estas y otras posibilidades que están surgiendo siguen siendo bastante remotas, pero no son más remotas que lo que parecían la posibilidad de una democracia parlamentaria y la de los derechos elementales de la ciudadanía hace 250 años. Nadie sabe lo suficiente para predecir de qué es capaz la voluntad humana.

Nos encontramos ante una especie de apuesta de Pascal: al suponer lo peor, seguramente pasará lo peor; al comprometernos con la lucha por la libertad y la justicia, su causa podrá avanzar.